

MENÉNDEZ Y PELAYO - PEREDA - PÉREZ GALDÓS

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DEL 7 Y 21 DE FEBRERO DE 1897

MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1897

**Marcelino Menéndez y Pelayo,
José María de Pereda y Benito Pérez Galdós**

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LAS RECEPCIONES PÚBLICAS

DEL 7 Y 21 DE FEBRERO DE 1897

Justificación de la tirada:

De esta obra, editada con carácter no venal por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, se han impreso mil ejemplares, el interior en papel offset ahuesado de 120 gramos y la cubierta en offset especial reciclado cenere de 240 gramos.

Editado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander, junio 2003
(Ministerio de Educación, Cultura y Deporte)
Isaac Peral, 23. 28040 Madrid

ISBN: 84-88703-31-7
Depósito legal: SA. 480—2003

Imprime: Bedia Artes Gráficas, S. C. Santander

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	VII
José Luis García Delgado	
<i>Introducción</i>	XI
Benito Madariaga de la Campa	
<i>Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de febrero de 1897</i>	
Menéndez y Pelayo - Pereda - Pérez Galdós	
EDICIÓN FACSIMILAR	XLV

PRÓLOGO

Dos vectores confluyen en el origen de este hermoso libro: la oportuna sugerencia de Julián Marías en sus lúcidas y emocionantes palabras al recoger el XVI Premio Internacional Menéndez Pelayo, en julio de 2002, en el Paraninfo de la Magdalena, y la atenta e inagotable curiosidad bibliófila de Benito Madariaga.

Julián Marías, en efecto, apuntó entonces la conveniencia de volver sobre la obra de Menéndez Pelayo y sobre el ambiente cultural en que se gestó y debe enmarcarse. Por su parte, Benito Madariaga, el más fiel y constante estudioso del mundo cultural montañés en los decenios interseculares, los que enlazan precisamente el tiempo de Menéndez Pelayo con la creación de la Universidad Internacional que acabará llevando su nombre, puso de inmediato manos a la obra, an-

ticipándose a otras iniciativas estimuladas igualmente por aquella docta incitación.

El resultado —feliz resultado— es la edición facsimilar que abren estas breves líneas que no quieren ser sino un testimonio de agradecimiento: el que debemos, desde la UIMP, a quien nos honró aceptando la distinción homónima y a quien ha dedicado lo mejor de su esfuerzo investigador a historiar los orígenes de esta hermosa empresa de alta cultura.

JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO
Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo

«Hice el debido elogio de mi antecesor en la silla N, don León Galindo de Vera, y tuve la suerte y el honor de que se encargara de contestarme el insigne polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo. El acto resultó muy lucido, destacándose el admirable discurso de Marcelino sobre el mío, modesto y tímido en su complejión. Dos semanas después ingresó en la docta corporación el gran escritor y novelista don José María de Pereda. Mi amistad estrechísima con el insigne montañés me movió a reclamar la honra de contestarle. Así se hizo, y si Pereda fue justamente aclamado, yo no quedé mal en aquella segunda prueba. Los cuatro discursos de estas dos recepciones fueron publicados después en elegante volumen por la casa editorial de Victoriano Suárez. Corría febrero loco de 1897».

B. PÉREZ GALDÓS
Memorias de un desmemoriado
(1916)

INTRODUCCIÓN

Así como la entrada en la Real Academia Española no supuso dificultades para José María de Pereda, su compañero y amigo Benito Pérez Galdós no tuvo igual fortuna y logró ingresar al segundo intento, tras ser injustamente derrotado en el primero.

La crónica de cómo se presentaron las candidaturas y el resultado de los nombramientos de los dos novelistas es sumamente curiosa, tanto por las circunstancias que las acompañaron como por el contenido de sus respectivos Discursos de ingreso.

Las primeras gestiones dirigidas a promover la candidatura de don Benito se debieron a don Juan Valera, quien en carta a Menéndez Pelayo escribe en 1883: «Si se muere D. Gabino [Tejado], trabaje usted por que elijan en la Academia a Pérez Galdós. Lo digo por el interés que me

inspira la Academia».¹ Llama la atención que ese ingreso en la Academia no tentara en absoluto las aspiraciones del novelista canario, más preocupado por escribir que por figurar entre los miembros de tan docta institución. Pero Valera se percató de que a esas alturas, Galdós había ya escrito diez novelas y las dos Series de los *Episodios Nacionales*, con veinte títulos. Parecía entonces justo que un novelista de talento, como era el caso de Valera, reconociera la valía de su amigo canario.

La verdad es que don Marcelino no tenía en esos momentos muy buena opinión de Galdós, pese a considerarle un novelista de mérito, porque, a su juicio, estaba «echado a perder por la clerofobia de *bas étage*».² Por otro lado, Valera sabía que la Academia era un centro con abundantes neocatólicos, bien ajenos al carácter liberal suyo y de Galdós. Por eso, el autor de *Pepita Jiménez* le recuerda con insistencia a don Marcelino que debiera entrar Galdós con preferencia a otros candidatos, por lo que se lo pide al erudito santanderino, que era el único que por su prestigio podía defenderlo. El medio hostil en que

¹ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1946, pág. 168.

² Ibídem, págs. 59-60.

se movía don Benito, con académicos contrarios a sus ideas, como Manuel Tamayo, Manuel Cañete, Aureliano Fernández-Guerra y Mariano Catalina, hacía difícil obtener un digno resultado. No obstante, el 6 de diciembre de 1888 accedió a ser presentado a la Academia por Juan Valera, Gaspar Núñez de Arce y Marcelino Menéndez y Pelayo. El escrito decía así:

«Los que suscriben tienen la honra de proponer a la Real Academia Española, para ocupar la plaza de número vacante por fallecimiento del Excmo. Sr. Duque de Villahermosa, al Sr. D. Benito Pérez Galdós, novelista universal y de merecida celebridad, así en nuestro país como en las demás naciones cultas de Europa, a cuyas respectivas lenguas han sido traducidas sus principales obras. Los firmantes responden de la aceptación del Sr. Galdós, caso de ser elegido».

Como no era candidato único, se produjo la sorpresa desagradable de que no tuvo suficientes votos y fue elegido Francisco Andrés Commerlérán, catedrático de Latín en el Instituto Cisneros de Madrid. En la sesión del 17 de enero de 1889, Galdós obtuvo diez votos y su contrincante, catorce.

Al conocer el resultado, el novelista se sintió humillado, si bien, como ya le había advertido don Marcelino a Valera, «él tiene la mayor parte de la culpa, porque de resultas de cierta modestia desdeñosa y soberbia que hay en el fondo de su carácter, ni da muestras de desear el puesto de académico, ni se mueve, ni escribe, ni visita a nadie, con lo cual nos deja a sus amigos en mal lugar».³ Pero no era dejadez ni soberbia, sino una timidez que le hacía difícil dar ese paso y mucho más solicitar el voto a académicos que no pensaban como él. El 29 de noviembre de ese año, el escritor derrotado se lo comunicaba así a su amigo «Clarín» en una carta que merece la pena reproducirse íntegra:

«Mi querido Clarín: La gresca que se ha armado con motivo de mi presentación para la Academia es tan compleja, que creo necesario ponerle a usted en antecedentes y contarle lo que ha ocurrido, para que sabiéndolo, juzgue con conocimiento de causa, si acaso quisiera ocuparse de este asunto. En lo que le voy a decir, espero que distinguirá fácilmente las cosas que son reservadas y las que no lo son. Pues verá usted: el día mismo que pasó

³ Ibidem, pág. 397.



Menéndez Pelayo en la época del Discurso de
contestación a Galdós

(Óleo de Luis Menéndez Pidal y Grabado de Eugenio Lermus)

a mejor vida el duque de Villahermosa, me habló Marcelino Menéndez, solicitando mi consentimiento para hacer la presentación. Resistí al principio, hasta le anuncié que tendría algún disgusto; pero insistió tanto, tanto, que no pude negarme a ello. Aquel día contaba él con la seguridad del triunfo, añadió que las últimas elecciones no habían sido de su agrado y que la Academia no podía seguir así. Bueno: a los pocos días me lo encontré y se me mostró, diciéndome que otros presentaban a ese Comelerán (cuyo nombre oí entonces por vez primera); pero que él contaba, a pesar de todo, con el triunfo, y que ya había hablado a varios, Valera, Campoamor, N. de Arce, Castelar, Molins, Casa-Valencia, encontrándoles a todos muy propicios. Es posible que Menéndez hubiera salido adelante, reduciendo a los comeleranos a impotencia; pero en la sesión del jueves 22, Comelerán venció en toda la línea gracias al empuje de Cánovas que hizo de esto cuestión política inclinándose con los suyos del lado contrario. Creo que hubo salvedades de Cánovas en favor mío; pero de esto no estoy seguro. En aquella sesión, que será memorable, hubo sapos y culebras. Marcelino y Catalina se trabaron de palabras, arrojándose calificativos muy duros.

Catalina llegó a decir a Menéndez: «Lo que usted hace no es decente», y entonces fue preciso separarlos, porque estuvo en un tris que se pegaran. El tal Catalina tuvo el tupé de decir a nuestro amigo: «Usted está aquí por nosotros, y sin nosotros usted no hubiera venido nunca aquí».⁴

No menos interesante es la carta que pocas semanas después le dirige a Pereda contándole, no sin cierta gracia, su versión del suceso, tal como seguramente le llegó por diversas fuentes.

«En mal hora se le ocurrió a nuestro amigo Marcelino presentarme, y en hora mil veces menguada lo acepté yo, porque a estas horas el mismo Menéndez y los demás que me apoyan han tragado bastante hiel, y aún les falta alguna por tragar.

Ha de saber que cierta gente de aquella Casa, de los más arrimados a la cola y (hablando claro), de los que menos valen, me han puesto la proa de una manera y con una saña que no tiene precedentes en aquella Casa. V. no está en detalles que la prensa calla, pero yo le daré una idea del asunto para que esté en autos.

⁴ GAMALLO FIERROS, Dionisio: «La Academia, Galdós y Menéndez Pelayo», *ABC*, 10 de diciembre de 1970.

Tenían los tales preparada la candidatura de Commelerán a cencerros tapados y habían comprometido a varios presionándoles fuertemente, como si se tratara de defender algún principio sacro-santo.

Cuando Menéndez, apoyado por Valera y Núñez de Arce, y por Campoamor y Castelar, me propuso en la cena del jueves 15, los tales se pusieron como energúmenos. Catalina dijo que no había leído ni pensaba leer ninguna de mis obras, tratándose con el mayor desprecio, y Cañete dijo que por ningún concepto entraría en la Academia, y que *antes que yo cualquiera* (textual). Entre Catalina y Marcelino se cruzaron palabras bastante duras y fue preciso que alguien se interpusiera para que no pasaran a las manos.

Como es natural esto irritó a los míos, excitando su amor propio, y desde entonces se decidió sostenerme a todo trance, contra viento y marea, arrostrando la derrota, que en aquellos días se pensó segura. El bando contrario se jactaba, y aún se jacta, de la victoria; pero los míos cobran cada día más alientos, y el número de la falange se aumenta con nuevos adeptos. Tengo de mi parte, además de aquellos cinco, a Zorrilla, Balaguer, Duque de Rivas, y últimamente parece que se pasan a

nuestro campo Molins, Casa Valencia y [...]. Cánovas que al principio estaba con ellos, parece ser que ya cede. Dice que le sorprendieron y le engañaron. Los míos esperan atraerle, y entonces les daremos a esos majaderos la paliza más grande que se han llevado en su vida. Hoy he oído que dada la excitación que reina entre ellos es posible que se acuerde no dar el espectáculo, para ver si se ponen de acuerdo si dejando a C. para otra vacante hay arreglo; si intentan dejarme a mí no lo habrá, porque yo, si me derrotan ahora esos tíos viejísimos, no vuelvo a presentarme. Por cierto que no podré pagar a Marcelino con ninguna clase de agradecimiento lo que hace por mí. Está frenético y ha tomado el asunto con un calor que en realidad no merece la pena. Están decididos a embestir a la piara, y si ahora fueran derrotados darán la batalla con otros que les parezca, pues conmigo no la dan.

Esto es, mi querido D. José, el estado del asunto».⁵

Galdós no estuvo, después de este resultado, muy dispuesto a aceptar una segunda propuesta si

⁵ Carta del 4 de enero de 1889, en BRAVO-VILLASANTE, Carmen: «Veintiocho cartas de Galdós a Pereda», *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 250-252, Madrid, octubre 1970-enero 1971, págs. 40-41.

no tenía la garantía de su triunfo. Los estudiantes de la Universidad Central le enviaron, el 18 de enero de 1889, un escrito —que se conserva en el Archivo de la Casa Museo del escritor en Las Palmas— por el que protestaban de la exclusión del novelista entre los miembros de la Academia. La polémica estaba, pues, en la calle.⁶ Su amiga Emilia Pardo Bazán, con la perspicacia que la caracterizaba, le había sugerido por carta:

«Si vale mi consejo, no aceptes todavía la entrada en la Academia. Tente firme. Es muy temprano aún. Hay lo menos docena y media de vejestorios que están a caer, maduros como peritas, y dentro de un año, al menos, entrarás más dignamente».⁷

A la inmediata vacante no se presentó don Benito por dignidad, pero la muerte del académico León Galindo y de Vera, al mes siguiente, le brindó a Menéndez y Pelayo la ocasión para intentarlo de nuevo. Don Marcelino le comunicaba así a Pereda,

⁶ MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: «Aventura y desventura de dos académicos», en *Pérez Galdós. Biografía santanderina*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979, págs. 177-191.

⁷ PARDO BAZÁN, Emilia: *Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890)*, Prólogo y edición de Carmen Bravo-Villasante, Madrid, Turner, 1975, pág. 101.

el 10 de enero de 1889, el estado de la cuestión:

«En la Academia reina una grandísima confusión, gran parte de los que votaron contra Galdós desean reparar lo hecho, pero ni Galdós ni sus amigos creemos que debe presentarse ahora, sino con la seguridad de una votación unánime, o, poco menos, y, además propuesto por ellos».⁸

Galdós se mostraba, pues, reticente con la propuesta y únicamente aceptó la segunda candidatura bajo la garantía de no hacer, otra vez, «un papel desairado». Menéndez y Pelayo le respondió: «La noche del jueves pasado, al acabar la Academia, se me acercaron Cánovas y otros amigos, manifestándome deseos de votar por usted para la primera vacante... Cánovas me ofreció formalmente firmar la propuesta y hacer que firmasen «otros dos» de los que antes habían votado en contra... Yo por mi parte, aceptaría, aunque no fuese más que por el deseo caritativo de sacar a la Academia del atolladero en que neciamente se ha metido».⁹

⁸ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, Prólogo y notas de María Fernanda de Pereda y Enrique Sánchez Reyes, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1953, pág. 115.

⁹ GAMALLO FIERROS, Dionisio: ob. cit. Ver también *Epistolario de Menéndez Pelayo*, edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española.

El novelista aceptó al fin la segunda candidatura el 26 de abril de 1889 firmada, esta vez, por el conde de Cheste, Antonio Cánovas del Castillo y Manuel Tamayo. En la sesión del 13 de julio de 1889 salió elegido como académico de número. Pereda se prestó de inmediato a felicitarle con estas palabras:

«Al fin le tenemos de patitas en la Casona de los inmortales, y por la puerta grande y a tambor batiente, como era de justicia. Que sea para bien, mi señor D. Benito, y que Dios no le desampare en las negras horas de perjeñar ese p... discurso con *vuelillos* que tiene que leer en alabanza del difunto y salutación por lo fino a los señores de la casa». ¹⁰

Como respuesta a aquel desaire de su primera propuesta, el autor de *Marianela*, con una postura de total indiferencia, no tomaría posesión con su *Discurso de recepción* hasta casi ocho años más tarde, aunque el Secretario de la Academia le recordara que debía hacerlo en seis meses, con una prorroga de cuatro más. Menéndez Pelayo se echó, en parte, la culpa de esa tardanza por no haber sido tampoco muy diligente.

¹⁰ ORTEGA, Soledad: *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pág. 145.

El discurso de posesión tuvo lugar el 7 de febrero de 1897 y todo estaba preparado para que le contestara Menéndez Pelayo.¹¹ Pereda lo haría pocos días después al haber sido elegido, en 1896, por unanimidad de los académicos, tras ser propuesto por Menéndez Pelayo, Valera y Tamayo, y haber cumplido el requisito de fijar su domicilio en Madrid. El primero acordó que la contestación a Galdós fuera suya y éste, a su vez, contestaría a Pereda con una diferencia de catorce días.

El novelista canario, hombre tímido, leyó nervioso y con poca voz su breve *Discurso «La sociedad presente como materia novelable»*. Y lo hizo de forma tan poco ostentosa que, como diría Rodríguez Mourelo, «no lo hubiese hecho peor un chico de la escuela».¹²

¹¹ El borrador de este discurso de contestación a Galdós se conserva en la Colección de E. de la Pedraja en la Biblioteca Municipal de Santander. Consta de 21 folios manuscritos en papel de distintos tamaños, con numerosas correcciones. Se dice que este original es el que se utilizó para la edición del Discurso. Ver Ms. 75, en GUTIÉRREZ IGLESIAS, Felisa y SÁEZ PICAZO, F. *Catálogo de los manuscritos de la sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Santander, Diputación Provincial, 1980, pág. 278.

¹² RUIZ DE LA SERNA, E.: «Los personajes de Galdós», *Estampa*, 22 de octubre de 1929.

El novelista aceptó al fin la segunda candidatura el 26 de abril de 1889 firmada, esta vez, por el conde de Cheste, Antonio Cánovas del Castillo y Manuel Tamayo. En la sesión del 13 de julio de 1889 salió elegido como académico de número. Pereda se prestó de inmediato a felicitarle con estas palabras:

«Al fin le tenemos de patitas en la Casona de los inmortales, y por la puerta grande y a tambor batiente, como era de justicia. Que sea para bien, mi señor D. Benito, y que Dios no le desampare en las negras horas de perjeñar ese p... discurso con *vuelillos* que tiene que leer en alabanza del difunto y salutación por lo fino a los señores de la casa».¹⁰

Como respuesta a aquel desaire de su primera propuesta, el autor de *Marianela*, con una postura de total indiferencia, no tomaría posesión con su *Discurso* de recepción hasta casi ocho años más tarde, aunque el Secretario de la Academia le recordara que debía hacerlo en seis meses, con una prorroga de cuatro más. Menéndez Pelayo se echó, en parte, la culpa de esa tardanza por no haber sido tampoco muy diligente.

¹⁰ ORTEGA, Soledad: *Cartas a Galdós*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, pág. 145.

El discurso de posesión tuvo lugar el 7 de febrero de 1897 y todo estaba preparado para que le contestara Menéndez Pelayo.¹¹ Pereda lo haría pocos días después al haber sido elegido, en 1896, por unanimidad de los académicos, tras ser propuesto por Menéndez Pelayo, Valera y Tamayo, y haber cumplido el requisito de fijar su domicilio en Madrid. El primero acordó que la contestación a Galdós fuera suya y éste, a su vez, contestaría a Pereda con una diferencia de catorce días.

El novelista canario, hombre tímido, leyó nervioso y con poca voz su breve *Discurso «La sociedad presente como materia novelable»*. Y lo hizo de forma tan poco ostentosa que, como diría Rodríguez Mourelo, «no lo hubiese hecho peor un chico de la escuela».¹²

¹¹ El borrador de este discurso de contestación a Galdós se conserva en la Colección de E. de la Pedraja en la Biblioteca Municipal de Santander. Consta de 21 folios manuscritos en papel de distintos tamaños, con numerosas correcciones. Se dice que este original es el que se utilizó para la edición del Discurso. Ver Ms. 75, en GUTIÉRREZ IGLESIAS, Felisa y SAEZ PICAZO, F. *Catálogo de los manuscritos de la sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Santander, Diputación Provincial, 1980, pág. 278.

¹² RUIZ DE LA SERNA, E.: «Los personajes de Galdós», *Estampa*, 22 de octubre de 1929.

Una vez realizada la *laudatio* de su predecesor en la Academia, se refirió Galdós a la forma literaria de la novela, ocupación preferente de sus escritos, y género que era, a su juicio, imagen de la vida. Pero, aparte de ello, no había que olvidar «la exactitud y la belleza de la reproducción»:

«Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de la raza, y las viviendas, que son el signo de la familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad» (*Discursos*, págs. 11-12).

Galdós señala cómo el pueblo y la aristocracia fueron perdiendo sus caracteres tradicionales y, al perderlos, su fisonomía daba lugar por descomposición a la clase media, objeto predilecto de sus novelas, que no tenía aún existencia positiva.

Es muy interesante la advertencia que hace acerca de la rapidez en los cambios de opinión literarios y la transformación de nuestros gustos en todos los ámbitos de la vida: «Pero a medida que se borra la caracterización general de cosas y



Pérez Galdós en julio de 1896

personas quedan más descarnados los modelos humanos, y en ellos debe el novelista estudiar la vida, para obtener frutos de un Arte supremo y durable» (pág. 24).

A pesar de todas estas trasformaciones, opinaba que el estado social que le había tocado vivir no había sido estéril para la novela. Y, para terminar, hizo un vaticinio que ya había experimentado con la novela dialogada y que después expondría en su etapa final, ya en el nuevo siglo, con alteraciones de espacio y tiempo y trasformaciones, que ya aparecen en *Amadeo I*, o con novelas un tanto criptográficas de crítica social y política, como en *El caballero encantado*.¹³ Dice así su vaticinio, a modo de conclusión: «Quizás aparezcan formas nuevas, quizás obras de extraordinario poder y belleza, que sirvan de anuncio a los ideales futuros o de despedida a los pasados, como el *Quijote* es el adiós del mundo caballeresco» (*Discursos*, pág. 28).

Como ha escrito Laureano Bonet, «este Discurso es, sin lugar a dudas, uno de los textos teóricos más considerables del autor, tanto a modo de contraste —casi a treinta años vista—

¹³ MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: «*Amadeo I*, un Episodio de ruptura», en *Páginas gallosianas*, prólogo de Rodolfo Cardona, Santander, Ediciones Tantín, 2001, págs. 81-93.



Pérez Galdós leyendo su Discurso en la Academia

(Estampa de Enrique García Ormaechea)

del programa creativo que Galdós se había impuesto y que ahora estaba ya a punto de culminar (*Misericordia* aparecería en 1897) como, sobre todo, en tanto que meditación sobre la obra cumplida y tanteo por los nuevos derroteros que la novela postnaturalista estaba tomando...».¹⁴

Concluido el discurso, hizo uso de la palabra para contestarle Marcelino Menéndez y Pelayo. Recordó los más de veintitrés años a que se remontaba su amistad, que había soportado los embates de una pública y notoria discordancia ideológica en puntos muy esenciales. El erudito santanderino, con su característica profundidad crítica, se refirió a la «inmensa labor literaria, tan rica, tan compleja, tan memorable en la historia literaria de nuestro tiempo» llevada a cabo por su amigo, el novelista canario. De entrada, calificó su obra de copiosa y variable y sólo comparable a la *Comedia humana*, de Balzac.

El *Discurso* del recipiendario puso de relieve las mutuas relaciones entre el público y el novelista y definió sus obras como todo un conjunto «de observaciones y experiencias sobre la vida

¹⁴ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Ensayos de crítica literaria*, selección, introducción y notas de Laureano Bonet, Barcelona, Edic. Península, 1972, págs. 46-47.

social de España durante más de una centuria», sirviéndose para ello de la novela realista, de la histórica e, incluso, de la novela simbólica. Por este motivo, no dudó don Marcelino en decir que había tenido Galdós la prioridad en la restauración de la novela española. Y que lo había hecho con una laboriosidad igual y constante que le permitía ofrecer a su público lector tres o cuatro libros por año.

Cuando Galdós pronunció este *Discurso* en 1897, había ya escrito veintisiete novelas y toda la Primera y Segunda Serie de los *Episodios Nacionales* con veinte volúmenes. A ello habría que añadir su obra teatral, que inicia en 1892 con el drama *Realidad*.

A pesar del tiempo transcurrido, la contestación de don Marcelino conserva una gran actualidad crítica en los juicios que hace de la obra literaria de Galdós, producción que habría de prolongarse después de muerto Menéndez Pelayo. Pero, en medio de este análisis, quiso disculparse públicamente de las palabras vertidas en su libro de los *Heterodoxos*, en las que decía: «Hoy en la novela el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes

aunque las oscurezca el empeño de dar fin trascendental a sus obras». Tuvo que emocionar mucho a Galdós esta rectificación sobre sus primeras novelas —*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*—, libros calificados injustamente de anticlericales y a los que se refirió su amigo ese día en la Academia con estas otras sinceras palabras de excusa, que Dámaso Alonso califica muy acertadamente de palinodia:

«Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los ataqué con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el señor Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía» (pág. 72).

En efecto, esa cita sería utilizada con harta frecuencia como arma de ataque contra el novelista y mucho más a partir del estreno de *Electra* y de las impugnaciones que sufrió por parte de la Iglesia española de entonces.

No se libró el autor de los *Episodios* de una nueva intervención en la Academia, cuando la oratoria e, incluso, la lectura de discursos o manifiestos no figuraban entre sus cualidades de hombre público (recuérdese que, cuando tenía que

Una página del manuscrito de Menéndez y Pelayo

intervenir en política, mandaba siempre leer sus discursos). Le quedaba todavía a don Benito, concluida su recepción pública en la Academia Española, contestar a su amigo Pereda, tal como había quedado convenido.

Mucho tardó en preparar la contestación, hasta el punto de impacientar y poner nervioso a su compañero que, con mejor ánimo, esperaba entrar y ser admitido como académico.

Dos semanas después de la toma de posesión de Galdós, lo haría el novelista de Polanco, que aguardaba impaciente la llegada de ese día memorable.¹⁵ El 21 de febrero actuó Pereda a las dos de la tarde, con asistencia de numeroso público. Presidió la sesión académica el conde de Cheste, quien tenía a su derecha al Arzobispo de Madrid-Alcalá, José María de Cos, paisano suyo, y al académico Tamayo; a la izquierda, estaban sentados el obispo de Salamanca y Núñez de Arce. El recipiendario entró acompañado de Tamayo y Baus y de Valera. El propio Pereda lo contaba así a su amigo José

¹⁵ El manuscrito del discurso de Pereda está igualmente en la colección de Eduardo de la Pedraja. Son 47 folios numerados del 1 al 48. El autógrafo lleva también numerosas correcciones. Caja de escritura 145 por 205 mm. Ver la pág. 279 del citado Catálogo.

María Quintanilla en una extensa carta que transcribimos en esa parte:

«Por de pronto te diré que ningún periódico hasta ahora ni de aquí ni de ahí ha dado la nota característica y singular de «lo del domingo», que fue: el aspecto de la sala, no sólo llena sino colmada y abarrotada, pues había una masa de gentes de pie en el pasillo central del salón, y arrimadas a las paredes de abajo y de arriba, y más de 200 personas discurriendo por los pasillos inmediatos, por no caber en el vasto local; la variedad de uniformes de las personas que llenaban el estrado; el aplauso ruidoso al aparecer yo entre Tamayo y Valera (pues Marcelino, a quien sustituía éste, llegó un poco tarde) «descortesía» nunca cometida allí, por lo visto, hasta entonces; y, por último, el dirigirse a mi muy conmovido el venerable presidente vestido de Capitán General y entre los obispos de Madrid y de Salamanca, para decirme que reparara en aquella concurrencia tan numerosa como jamás la había visto él allí, la mejor señal de que, más que por los votos de la Academia, entraba en ella yo por aclamación popular, etc. En rigor, esto es lo que tuvo de excepcional el acto, y si te he de ser

franco, lo que más me alagó y te refiero para «vuestro» gobierno solamente, esperando que me dispensarás este «amago» de jactancia... algo lícita si bien se mira. Y ahora asómbrate: estuve de lo más sereno que puedes imaginarte, y leí como un valiente, y si hubo muchos que no me oyeron, culpa fue de las condiciones detestables del salón y de no haber tenido valor para volver totalmente la espalda al estrado, como tenazmente me lo recomendaba Pidal en la «sacristía» antes de empezar la «función». Yo había hecho un ensayo la víspera allí mismo, y aun contando con la diferencia que hay entre el lleno y el vacío, calculamos que se me oiría bien. Después ensayé la lectura de todo el discurso en la Biblioteca contigua al salón, y hasta fui aplaudido, y salí «aprobado». Esto y, sobre todo, el saber que tenía dominada la fiera, por el ansia que había de papeletas, de las que no quedaba una sola en la Academia desde la víspera y apenas llegaban a 10 las que guardaba yo en mi casa, habiéndose tirado 1.000, fue lo que mayores ánimos me infundió. Galdós, por su parte, había ensayado en casa de Latorre, dirigiéndole ese «Tenorio», y logró con ello que le oyera bastante gente, y no le oyó más porque no entendió



Retrato de Pereda por Vahamonde (1897)

las señas que yo le hacía para que leyera más despacio, como me las hacían a mí con el pañuelo directamente desde la tribuna de enfrente Marañón y Alfonso [Ortiz de la Torre], núcleo de una peña montañesa que se sentaba allí...».¹⁶

El tema elegido para la dissertación de Pereda fue el de la *novela regional*, que definió como «aquélla cuyo asunto se desenvuelve en una comarca o lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella». Dejaba fuera la novela urbana y se refería a aquella en contacto con la naturaleza, engendrada y producida por el regionalismo, ajeno, en su caso, «a la desmembración y aniquilamiento de la colectividad histórica y política, de la patria de todos, de *la patria grande*». El suyo —dijo— se nutría del amor al terruño natal, a su ambiente y geografía, a sus fiestas y tradiciones y, en definitiva, al lugar donde se ha nacido y se espera morir. De aquí provenía la cantera que, a su juicio, nutría la novela regional.

¹⁶ FERNÁNDEZ-CORDERO Y AZORÍN, Concepción: «Cartas de Pereda a José María y Sinforo Quintanilla», *Boletín Biblioteca Menéndez Pelayo*, XLIV, 1968, págs. 281-282.



José María de Pereda leyendo su Discurso en la Academia
(Dibujo de Porset, marzo 1897)

Y ello hubiera sido aceptable si Pereda no marginara las otras opciones que en algunos casos consideraba extranjerizantes, entre ellas la corriente modernista que imperaba entonces. Verdad era que tanto la novela como el teatro se habían nutrido durante décadas de imitaciones y

Sámaro Académicos:

Si no fuese en donde la sinceridad de cuento, fuese de creerlos en este nido y en otras tantas tristesencias latinas o este o ~~otro~~ ^{otro} mundo de ~~los~~ otros merodeadores, yo... Indignos de contarnos, fuese apurar yo, en este momento de la guerra, de los reyes, de los vencedores, de la corona, que no nos eximiere consagrado por el uso y admisible por las leyes en la tierra, el malo que dormita en el saco, lo abría que bivisitado "y qdá - mi" porque se haq me hombre que, recordadamente, fuese comandante e suerte viniente fueran de un elemento semejante, que "de mis voluntades" de la tierra a testar y plan el sol a través de los destinos de la tierra materna, y en sus labios de responde a ~~esta~~ los rayos a su lucer deslumbradora, cuando intencionada de una sola medida que la entienda y pone en mejores en el horizonte de creación que Júpiter y consolador. Y venga que

Primera cuartilla del autógrafo de Pereda

traducciones francesas, que él llama «arreglos» de las obras del país vecino, cuyas nuevas formas literarias detestaba: «De afuera han venido ciertas ideas que, o porque no son buenas, o por haber sido mal digeridas, tienen a los hombres, altos y bajos, en perpetua locura y desconcierto» (págs. 125-126).

Este carácter excluyente fue el que no convenió a Galdós, hombre abierto a todas las corrientes y novedades literarias. Por ello, en su Discurso de contestación, le respondió: «En realidad, todos

somos regionalistas, aunque con menor fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más o menos espacioso de la tierra española». Y añadió:

«En esto del regionalismo he creído siempre que cada cual debe escribir como piensa, y pensar lo que vive y siente, sin cuidarse de los que regatean el sentido nacional a las creaciones que no lleven siquiera un barniz de apariencias metropolitanas. Parécmese a mí que la metrópoli es región y de las más características, con su vida mixta, entreverada de extranjerismos elegantes y de las ranciedades más españolas, juntando los vicios de la raza a los vicios exóticos, y las marrullerías castizas a los desenfados adquiridos en el trato abierto y francote de las sociedades modernas» (pág. 168-69).

Y él, que era, sin duda, el mejor cronista de Madrid, aludió al regionalismo urbano y defendió que en cualquier lugar se podían componer grandes obras maestras.

Igual que había ocurrido en la contestación de don Marcelino al autor de *Gloria*, éste se refirió a los valores humanos y literarios del escritor de Polanco. Con tal motivo puso de relieve en la

Academia las desavenencias que a menudo tenían lugar entre ellos y lo difícil que era ponerse de acuerdo. Contó que, en ciertos temas, sobre todo en los religiosos, Pereda era irreductible.

Aunque en la contestación al Discurso dijera que el autor de *Sotileza* le reñía en sus cartas por aspectos que le disgustaban de sus novelas y que ello le agraciaba, en el epistolario se advierte que la discrepancia de opiniones llevó a don Benito a contestar, a veces, con cierto enojo y disgusto. Así, el 10 de marzo de 1877, le dice que el juicio expresado sobre *Gloria* le había hecho pasar «un malísimo rato». Y ello fue cuando Pereda le escribió que esta obra le había metido dentro de la novela volteriana, por considerar que era una sátira religiosa, con un contenido parcial y anticatólico, postura que le ponía en riesgo de colocar sus libros en los *índices expurgatorios* de Roma. Sin embargo, Pereda aprobaba los contenidos de los *Episodios*, aunque le criticara *Un voluntario realista* porque había sido demasiado apasionado en la censura de los defectos españoles.

Don Benito le replicaba con argumentos que nunca convencían al autor de *Peñas arriba*. Así, en una de sus cartas (11-II-77), le asegura que lo que ha querido combatir ha sido la indiferencia



Banquete literario en honor de Pereda ofrecido por Carlos María Ocantes el 21 de febrero de 1897. Asistieron Valera, Galdós, Menéndez y Pelayo, Salvador Rueda, Andrés Mellado, el Marqués de Valdeiglesias, el Conde de las Navas, Santos Chocano, aparte del festejado y el anfitrión.

(Dibujo de Porset sacado de la fotografía de la Sociedad Artística Fotográfica)

religiosa, y defender la libertad de cultos. Pocos meses después, en ese mismo año, le había explicado sus dudas religiosas, muy difíciles de evitar y resolver, a la vez que le añadía:

«Carezco de fe, carezco de ella en absoluto. He procurado poseerme de ella y no lo he podido conseguir. Al principio no me agrada ba semejante estado; pero hoy, vamos vivien-

do, Yo no medito lo que escribo; pero una vez lanzadas al público las páginas buenas o malas, es preciso tener como Pilatos: *quod scripsi, scripsi*.¹⁷

También tuvo que emocionar a Pereda la confesión de amistad hecha en público entre dos personas tan diferentes en el carácter y en sus respectivas ideologías. Como si se tratara de un personaje de sus novelas, Galdós retrató la personalidad de su amigo, al que conocía bien y del que valoró cada una de sus obras, desde las escenas costumbristas y las que llama «rudimentos de novela», hasta las auténticas creaciones de su mejor taller literario, escritos en los que puso de relieve la facultad de retención del pasado, su poder narrativo y su capacidad descriptiva.

Nadie había, posiblemente, tratado con tanta admiración y simpatía a Pereda como lo había hecho Galdós al prologarle *El sabor de la tierruca* en 1882 y, luego, en el artículo publicado en el diario *La Prensa* de Buenos Aires en 1888, precedente, en cierto modo, de la contestación en la Academia. Es en este artículo donde le define

¹⁷ Ver las Cartas citadas de Pereda a Galdos, de Soledad Ortega del año 1877, págs. 47-65 y las de Galdós a Pereda, de Carmen Bravo-Villasante, pág. 23.

como «el más español de los escritores modernos» por su originalidad, ajena a influencias extrañas, y por la que llama «la elegancia incomparable de su estilo» (pág. 302).

No dudó tampoco en señalar en la Academia el nerviosismo, más bien neurosis, que tanta influencia tuvo en la elaboración de la obra de su amigo, como en las inquietudes y desasosiegos que acompañaron la salida de sus libros y el juicio crítico que merecieron.

Los intervenientes en estas memorables recepciones públicas en la Academia fueron tres grandes figuras literarias de la Restauración, con opciones que representaban con Pereda la derecha tradicional, con Menéndez Pelayo el centro derecha y la izquierda moderada con Galdós.

Fueron amigos y discrepantes y cada uno, desde sus respectivas posiciones ideológicas, buscó renovar y enaltecer la Historia de España.

Su trato y amistad fue, como dijo Galdós, un ejemplo de comprensión y tolerancia que ofrecieron a los intelectuales y políticos de su tiempo. Por ello, estas páginas, hoy de gran actualidad, merecen la pena ser leídas.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
Presidente de la Sociedad Menéndez Pelayo